

que puedan sus monarcas satisfacer esta pasion; Un soberano pródigo se ve muy pronto obligado á ser un tirano; y es cruel con su pueblo, porque quiere contentar á los cortesanos que le rodean, y que tiene delante de sí, mientras que ni ve á sus vasallos, ni se cuida de que sean dichosos ó no: sus cautelosos ministros cierran todas las sendas por donde pudieran llegar á sus oidos las quejas y clamores del reino.

¿Será por ventura beneficencia robar á la sociedad toda entera, para enriquecer á los mas inútiles ó á los mas dañosos de sus miembros? Las prodigalidades de Neron y de Heliogábalo eran otros tantos ultrages hechos á la miseria pública.

El pródigo se perjudica á sí mismo; una vez arruinada su fortuna, ningunos recursos le quedan en sus amigos; inconsiderado en la eleccion de estos, no ha derramado por lo comun sus larguezas sino entre aduladores, gorristas, hombres sin costumbres ni honor, é ingratos que están muy creidos de haberle pagado suficientemente con sus débiles complacencias y bajas adulaciones. Solo el hombre sabio y prudente es el que sabe usar de la fortuna; mas el hombre vicioso; vano y frívolo no sabe mas que abusar de ella.

El avaro y el pródigo convienen en una cosa, y es que ni el uno ni el otro saben el uso de

las

las riquezas que ambos desean igualmente. El uno las codicia para acumularlas, el otro para disiparlas: ambos, si tienen la ocasion, usurpan lo ageno, siendo injustos y criminales: los dos se ven aborrecidos y detestados, porque el avaro no hace bien á nadie, y el pródigo solamente á los ingratos. El avaro roba para enriquecerse; mas el pródigo roba y defrauda á sus acreedores, se arruina á sí mismo, y solo enriquece á bribones y hombres despreciables, que son los que saben muy bien aprovecharse de sus ocas estravagancias.

CAPITULO V.

De la Ingratitud.

» **N**ADA, ha dicho un antiguo, se estingue
» mas pronto que un beneficio (1) ». No hay vicio mas detestable, ni mas comun que la ingratitud. Platon le considera como que en sí comprende todos los demas. La ingratitud, pues, consiste en el olvido de los beneficios recibidos, y á veces llega al extremo de aborrecer al bienhechor. Nada es mas odioso, mas injusto, ni mas insociable que esta cualidad criminal: ella hace al que la tiene enemigo de

(1) Un Español tambien ha dicho: « Al que le dais, lo escribe en le arena y al que le quitais, lo esculpe en el bronce ».

Tomo I.

M
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

Edo 1625 MONTERREY, MEXICO

sí mismo en cierto modo, y además no puede menos de grangearle el odio de la sociedad entera: cada cual conoce ciertamente que la ingratitud desalienta los corazones benéficos, y destierra del comercio de la vida la compasión, la bondad, la liberalidad y el deseo de hacer bien, vínculos suaves que enlazan entre sí á los hombres. No hay uno que no tome personalmente parte en el odio de los ingratos. Desconocer los beneficios recibidos anuncia una insensibilidad, una injusticia, una locura, una vileza extraordinaria: mas aborrecer al que nos ha hecho bien, indica una espantosa ferocidad. Si los hombres reunidos deben prestarse mutuamente socorros, ¿que motivos les escitarán á ejercer su benevolencia, cuando temen con razon que el premio de ella sea la ingratitud y el odio?

Por desinteresadas que quieran ser la generosidad, la benevolencia y la liberalidad, estas virtudes siempre tienen necesariamente por objeto el adquirir derechos al cariño de aquellos á quienes se obliga con ellas. Ningun hombre hace bien á su semejante con el designio de labrarse en él un enemigo: el ciudadano animoso y magnánimo, en servir á la patria no puede proponerse el fin de llegar á ser odioso y despreciable á sus ojos, porque todo el que hace un bien, espera con razon el reconocimiento, el cariño, ó á lo menos la equidad de aquellos á quienes favo-

rece. Aun cuando la beneficencia se estienda á los mismos enemigos, el que la ejercita se gloria de que así desarmará su odio, y los convertirá en amigos. Los derechos al reconocimiento y á la gratitud son, pues, muy justos y fundados, como que son los motivos naturales de la beneficencia; ni es posible, sin ser loco ó injusto, defraudar al bienhechor de estos derechos: la ingratitud es tan ofensiva y molesta, que es capaz de aniquilar la humanidad en el fondo de los mas virtuosos corazones.

Servir á los ingratos, ó hacer bien á los injustos y enemigos, seria, segun se dice comunmente, la prueba de la virtud mas heroica, de la magnanimidad mas admirable, y de la mas rara generosidad, mas tambien puede serlo muchas veces de la mayor debilidad. Sin embargo, pocos hombres son capaces de un desinterés tan perfecto, el cual supondria un entusiasmo no comun, y una imaginacion fecunda que se indemnizase á sí misma de la injusticia de los otros. Todo hombre que nos favorece, muestra que aspira á nuestro afecto y estimacion, y no podemos rehusárselos sin injusticia: él nos manifiesta evidentemente que nos quiere bien, que se interesa por nosotros, que nos trata, en fin, con aquella consideracion que naturalmente deseamos hallar en nuestros semejantes. Por lo tanto, sean los que fueren sus motivos, nosotros no podemos menos de acreditar nuestro agradecimiento á cualquiera

que manifiesta su interes y buena voluntad por nosotros.

Segun estas verdades tan claras y palpables, ¿no es de admirar que haya tantos ingratos en la tierra? No obstante, son muchas las causas que concurren á multiplicarlos. El orgullo y la vanidad son en general los verdaderos manantiales de la ingratitud. Es muy comun que cada uno pondere y exagere su propio mérito mucho mas de lo que realmente vale, y en este caso mira los beneficios como unas verdaderas deudas: cada cual se cree con razones suficientes para recibir los beneficios que se le dispensan, y así no se considera obligado con ellos. Por otra parte se nos hace temible la superioridad que damos á aquellos de quienes recibimos los beneficios, y nos figuramos que abusarán de esta superioridad ó de los derechos que adquieren sobre nosotros; nos da vergüenza confesar que dependemos de ellos, ó que necesitamos de sus socorros para nuestra felicidad. En fin, siempre tememos que los bienhechores pongan á sus beneficios tan alto precio que no podamos satisfacérsele. Los ingratos están bien comparados á los malos deudores, que temen y huyen de encontrarse con sus acreedores. Por último, la envidia, esta pasion fatal que suele irritarse con los beneficios mismos que recibe, y que hace al envidioso injusto y cruel con los que debiera apreciar y querer, es por lo comun la causa de la mas negra ingratitud.

Es tambien preciso confesar que el arte de hacer bien, como hemos advertido hablando de la beneficencia, no es conocido de la mayor parte de los hombres, y que exige una modestia, una delicadeza, un tacto muy fino, á fin de no ofender ó mortificar el amor propio de aquellos á quienes se pretende obligar, y cuya gratitud se quiere merecer. Este amor propio es tan irritable, que el bienhechor necesita de todos los recursos de su talento para no ofender á las personas que desea ver obligadas. Los orgullosos, los hombres vanos, imperiosos y pródigos, no conocen de ningun modo el arte de hacer bien, y así no logran comunmente formar sino ingratos: solo las personas sensibles son las que saben servir y obligar. El orgulloso, cuando hace algun bien, solo se propone estender su imperio, aumentar el número de sus esclavos, y mostrarles de continuo su poder y superioridad. El hombre vano únicamente desea hacer ostentacion de sus riquezas ó de su crédito, y derrama sin distincion sus favores para aumentar su corte. Todos los que en hacer bien solo aspiran á multiplicar á su alrededor aduladores, esclavos, y juguetes de sus fantásticos caprichos, poco reconocimiento pueden prometerse de ellos; estos hombres viles y despreciables siempre se figuran que hacen bastante con sus bajas y serviles complacencias. Sola la virtud modesta es la que puede atraerse la confianza de las almas justas y virtuosas

y solas las almas de esta naturaleza son las verdaderamente reconocidas.

Es muy raro que los grandes sepan en verdad obligar ó hacer bien : poco acostumbrados á la moderacion , obligan con altanería , y exigen regularmente sacrificios muy costosos en cambio de sus favores. Nada es mas sensible y cruel para un alma justa , que el no poder amar ni apreciar á los que le hacen bien , y verse interiormente obligada á odiarlos ó despreciarlos. ¿ Como es posible amar sinceramente á unos hombres que , con su conducta altanera y sus procedimientos orgullosos , ellos mismos se adelantan desde luego á dispensar á todos aquellos á quien favorecen , del reconocimiento y de la gratitud que estos querrian demostrarles ? ¿ Hay una situacion mas espantosa que la de un buen hijo , á quien la tiranía de su padre le fuerza á no amar el autor de sus dias , cuando su corazon querria poder manifestarle la mas tierna gratitud , y el amor mas sincero y entrañable ? Los tiranos en todo género solo hacen ingratos.

Los príncipes , los ricos , y los grandes de la tierra tambien se hacen por lo comun culpables de la mas negra ingratitud , á causa de que , elevados sobre los demas , se imaginan que ningun hombre tiene derecho de creer que haya podido hacerles servicios dignos de su reconocimiento. Rodeados de embusteros y aduladores , están en la firme persuasion de que todo se les debe de justicia , que nada deben á

los que les sirven ni á otra persona alguna , y que la dicha de servirlos es un honor harto grande , por el que se hallan dispensados de la gratitud que exigen de los otros. Los tiranos , siempre inquietos y tímidos , están prontos por la menor sospecha á pagar los servicios con la desgracia , y muchas veces con la muerte (1). Por otra parte , los servicios distinguidos dan á sus autores un lustre que abrasa é irrita las pequeñas almas de los orgullosos potentados , los cuales son regularmente muy débiles y miserables para envidiar con emulacion la gloria adquirida por aquellos ciudadanos , cuyas grandes acciones los ponen al nivel de sus soberbios Señores : la envidia no permite nunca á los tiranos que amen sinceramente á los que oscurecen su gloria.

Al temor de la superioridad y á la envidia que excitan los grandes talentos son debidas , como veremos muy pronto , las demostraciones ofensivas de la mas cruel ingratitud , de que se hacen reos los pueblos enteros con los magis-

(1) El Sultan Bayaceto II dió la muerte á Acomath , su visir , el cual habia asegurado su trono , y aumentado considerablemente su imperio , á causa de que , como este príncipe lo reconocia , se hallaba imposibilitado de recompensar dignamente los servicios que Acomath le habia hecho. Por igual razon Caligula dió la muerte á Macron , á quien le debia el Imperio. Sabedor Tiberio de que el Agorero Léntulo en su testamento le habia nombrado su heredero , envió satélites que le matasen , para disfrutar así mas pronto de su herencia. Luis XI , decia que *los grandes beneficios hacen grandes ingratos.*

trados y gefes que mas útilmente los han servido: Las repúblicas de Atenas y de Roma nos ofrecen muchos ejemplos memorables de la injusticia de las naciones con sus mas grandes bienhechores. Los hombres en cuerpo ó sociedad jamas se avergüenzan de su ingratitud. El que sirve y hace bien al público, regularmente por nadie se ve recompensado.

A la envidia, siempre reinante, deben atribuirse las injusticias frecuentes del público con aquellos que le han proporcionado los mayores bienes, ó los mas importantes descubrimientos: he aqui porque los hombres de talento han sido siempre perseguidos cruelmente, han sido castigados en pago de los servicios que han hecho á sus contemporáneos, y se han visto obligados á esperar de la posteridad mas equitativa la recompensa y la gloria que merecian sus talentos y sus virtudes. El público se compone de un pequeño número de personas justas, y de una multitud inmensa de hombres injustos, débiles é invidiosos, los cuales, oscurecidos por los grandes hombres, hacen todos sus esfuerzos para deprimirlos.

¿Y debemos hacer bien á los ingratos? Sí: que es grandeza de ánimo el despreciar la envidia; es necesario hacer bien á los hombres para su misma confusion y vergüenza; es menester contentarse con el solo dictamen y aprobacion de los hombres de bien, es forzoso apelar de sus contemporáneos ingratos á la posteridad siem-

pre favorable con los bienhechores del género humano. En fin, á falta de los aplausos y de las recompensas merecidas, todo hombre verdaderamente útil á sus semejantes, todo hombre generoso hallará en los aplausos de su propia conciencia el mas dulce premio de los servicios que hiciere á la sociedad. La injusticia y la gratitud hacen que regularmente la virtud sea la sola y mayor recompensa de sí misma.

CAPITULO VI.

De la Envidia, De los Zelos, De la Murmuracion.

LA envidia, este tirano encarnizado del mérito, de los talentos y de la virtud, es una cualidad insociable que hace aborrecer á los que poseen ventajas y cualidades estimables.

Los zelos, hijos legitimos de la envidia, son la inquietud que produce en nosotros la idea de una felicidad, que suponemos que otros gozan mirándonos privados de ella nosotros.

El orgullo es el origen de la envidia; el amor preferente que todo hombre se profesa á sí mismo, le hace aborrecer en los otros las ventajas, por las que logra en la sociedad una superioridad que cada cual desea para sí. *Aquellos, dice Sófocles, que desprecian y ultrajan á los hombres grandes, no se figuran que hacen mal en esto, porque están seguros de ser celebrados y aplaudidos.* Todo mortal que se distingue por sus talentos,

por su mérito, por su feliz suerte, por su crédito, ó por sus riquezas, es objeto de la envidia pública, á causa de que cada uno querría gozar con preferencia á él de todas estas ventajas. Los príncipes, los grandes y los ricos son envidiados, porque se sabe que su poder y su fortuna les proporcionan un imperio, que cada uno desearia ejercer en su lugar, vanagloriándose que haria de él mejor uso.

Los zelos, por el contrario, suponen una idea baja de sí mismo, una falta de las ventajas ó cualidades que se reconocen, ó que se supone que existen en aquellos que causan los zelos. Un amante está zeloso de su rival, porque teme no tener á los ojos de su amada tantas prendas como el que motiva sus inquietudes. Los pobres viven zelosos de los ricos, porque aquellos se sienten destituidos de los medios que estos pueden emplear para obtener todos los placeres que los otros no pueden conseguir.

La envidia y los zelos son pasiones naturales en todos los hombres; pero pasiones que por su propio reposo y por el bien de la sociedad debe reprimir con el mayor cuidado todo hombre. La vida social es un continuo tormento para el que es afligido de esta desdichada pasión; todo á sus ojos es un espectáculo de rabia y de dolor; no hay ventajas que otro disfrute, que no causen una herida mortal al envidioso. La opulencia de sus conciudadanos le entristece; su elevacion le irrita; su reputacion le ofende;

Los elogios que se les dan, son puñaladas para él; la gloria que se grangean, los desespera; en una palabra, no hay para el hombre envidioso paz ni tranquilidad alguna: si quiere sustraerse al espectáculo de la felicidad pública, tan molesto á sus ojos, no hay mejor cosa como que huya y se esconda á devorar su propio corazón en una horrorosa soledad.

La envidia es un afecto vergonzoso que ninguno se atreve á manifestar, porque daria en rostro con él á todo el mundo; así que se le procura ocultar bajo una infinidad de diferentes formas. Ningun hombre se atreve á confesar que tiene envidia de otro: su pasión se disfraza con el nombre de amor del bien público cuando quiere deprimir á los que le molestan; entonces la envidia se indigna y clama al ver los eminentes destinos concedidos á hombres desnudos de todo mérito; se lamenta de que la opulencia esté en manos de gentes poco merecedoras de poseerla; bajo el pretexto de un amor puro de la verdad, entra en lo mas oculto de los corazones para atribuir motivos odiosos y viles á las mejores acciones; escudriña en la conducta de los hombres todo lo que puede rebajarlos de su justo valor; en fin, ama la murmuracion, porque esta degrada á sus rivales.

La envidia suele ser la moral de muchas gentes; el envidioso, poco sensible á los intereses de la virtud ó al bien de la sociedad, es un lince siempre que se trata de manifestar los

vicios y defectos ocultos de aquellos cuya felicidad le ofende. La envidia es osada y rabiosa cuando no puede ocultarse con el nombre de zelo por la virtud.

Bajo el pretesto de buen gusto, la envidia lo critica todo, y nada encuentra bueno; y escuchando con ansia sarcasmos y epigramas, la burla y la sátira mas picantes son para ella un manjar delicioso, con las que entretiene por algunos instantes el dolor y la pena que le causan el mérito y los talentos: ella adopta sin examen alguno la calumnia porque sabe que esta deja siempre unas cicatrices muy difíciles de borrar; en una palabra la malignidad, la perfidia y la perversidad son dignas compañeras de la envidia, con cuyo auxilio logra esta al menos afligir y desalentar al merito, cuando no consiga sofocarle.

La murmuracion es una verdad dañosa para aquellos en quien recae. El murmurador no es un hombre veraz, es un envidioso, un maligno, un malvado, cuyos discursos solo pueden ser agradables á los que se le asemejan. Si no hubiera envidiosos, la murmuracion seria destrerrada de la sociedad, pues que si con tanta ansia y placer se da oidos á la murmuracion, es porque deprime á los otros en la opinion pública, y porque cada uno ve un enemigo menos en el hombre grande que es acometido, ó á quien la perversidad procura destruir. *El murmurador*, dice Quintiliano, *no se diferencia del*

perverso; sino en la ocasion de hacer mal (1). Si solamente dañá con sus palabras y discursos, es por ser demasiado cobarde para hacerlo tambien con sus acciones.

El murmurador es un hombre vano y soberbio, que descubriendo las enfermedades y flaquezas de los otros, quiere persuadirnos que se encuentra sano y sin ellas. A mas de esto, se jacta de ser verídico, siendo asi que no es sino un hipócrita, que aparenta sentimientos ó afectos virtuosos, falsos en el fondo y en la realidad, pues que no van acompañados de bondad, de indulgencia y de humanidad. El murmurador debiera ser mirado como un enemigo del público; mas sin embargo se le da oidos, y aun con razon pudiera decirse que los hombres solo se reunen y se tratan para tener la miserable complacencia de hablar mal los unos de los otros.

Para curar á los hombres de la envidia y de los zelos, que tanto los atormentan, así como de la murmuracion y de la calumnia, seria conveniente hacerles ver que todos sus esfuerzos son inútiles contra el mérito y la virtud. En vano la murmuracion se emplea contra el hombre de bien. Ah! ¿No es bien sabido que ningun mortal sobre la tierra está exento de defectos? Una injusta critica ¿podrá hacer des-

(1) *Maledicus à malefico non distat nisi occasione.*

QUINTIL. Institut. orator. lib. 12. cap. 9. n. 9. de la edición de Gesner. Gotting. 1738. en 4.

preciables las producciones del talento? ¿No es muy cierto tambien que el talento es desigual, y que está sujeto á irregularidades y tropiezos? Algunas pequeñas faltas ¿han hecho nunca caer en el olvido las obras inmortales del entendimiento humano? ¿Logrará nunca la calumnia denigrar la probidad? Tarde ó temprano la iniquidad se descubre, confunde al envidioso que la fomenta, y hace que la inocencia, en vez de ser oprimida, aparezca mas amable y mas interesante.

¿Cuan pocos envidiosos habria, si se reflexionase cuan pocos hombres hay verdaderamente felices ó dignos de envidia! Los grandes son envidiados porque se supone que son los mas dichosos entre los mortales; pero ¿como un hombre que piensa, podrá envidiar á unos cortesanos perpetuamente atormentados de su reciproca envidia, de continuos sobresaltos, de las mas acerbas pesadumbres, y de inquietudes y zozobras tan largas como la vida? El rico es el objeto de los zelos y la envidia del pobre; mas para desengañar á este, hágasele ver que, á pesar de todos los medios que tiene para lograr su felicidad y su reposo, este mismo hombre rico ningun uso hace de ellos: devorado por la sed de las riquezas, nunca se halla harto ni satisfecho; corroido por la ambicion, jamas está contento con su suerte; hastiado de placeres, ninguno ya le sirve de recreo; fatigado, en fin, de su ociosidad, el fastidio le abruma,

como que es el mas cruel de todos los tormentos con que la naturaleza puede castigar al hombre que no quiere trabajar. Todo le muestra al pobre laborioso que su destino, que tan lamentable le parece, le exime de una infinidad de necesidades imaginarias, de intrigas, y de alicciones de espíritu, como son las que agitan de continuo á la grandeza y la opulencia.

Para que los envidiosos ó malignos, que prestan oídos á la murmuracion, se desengañen del placer que esta les causa, deben saber que esta misma persona, cuyos horribles discursos oyen con ansia y placer, y con cuyas mordaces y crueles sátiras se complacen, al dejar su compañía va á divertir á sus espensas á otro corro de gentes igualmente dispuestas y prontas á la murmuracion.

En fin, para sacar de su error al murmurador mismo, que tiene deleite en hacer daño, le diremos que el vil y bajo papel que representa haciéndole temible, nunca jamas le hace querido ni apreciable. Un ente sociable ¿ambicionará acaso ser tenido por malvado? ¿Hay un oficio mas vil y mas bajo que el de público delator? ¿No es hacerse cómplice de su infamia, escucharla con gusto? ¿Y no es, por último, deshonorarse á sí mismo, el dispensar su amistad y confianza al infame delator? *El delator, dice un moderno, siendo el mas vil de todos los hombres, deshonra á las personas que le tratan, mucho mas que las deshonoraria el trata-*

de un verdugo; puesto que la conducta del primero es efecto de su malvado caracter, cuando el verdugo solamente hace su oficio (1). Este causa un mal, haciendo su deber, mas el otro por gusto y complacencia. ¿Hay un gusto mas detestable que de correr de casa en casa denigrando á sus conciudadanos, divulgando los hechos que pueden serles dañosos, y quitando á todos la reputacion y el reposo sin provecho alguno de la sociedad? El murmurador nos dirá quizá que es necesario ser uno veraz, y que al público le es importante conocer á los hombres, añadiendo ademas que él no murmura sino de las personas indiferentes, á las que nada debe. Mas nosotros le contestaremos que la verdad solo es útil al público cuando se trata de crímenes y delitos, mas no de flaquezas y defectos ocultos: el hombre veraz es un cobarde asesino, siempre que divulga verdades capaces de quitar la buena opinion, de resfriar la benevolencia, y de perjudicar al bien de sus conciudadanos; en razon de que ninguno favorece á aquellos de quienes tiene una mala idea. Por último, nosotros le diremos que un ente sociable debe, aun á las personas desconocidas, á las indiferentes, y á las estrañas, sus respetos y consideraciones, y que faltando á estos deberes, da motivo á cualquiera para que le denigre á él mismo, y para que divulgue

(1) Véase la obra inglesa *Adventurer*, N. 46.

sus faltas secretas. ¿Hay hombre alguno que pueda jactarse de no tener defectos? Si ninguno puede llevar á bien el que se publiquen sus debilidades, se infiere claramente que debemos ocultar las ajenas.

Bajo cualquier aspecto que la murmuracion sea considerada, es culpable por los daños, las enemistades y las quejas que produce de continuo. Ella es ocasion de grandes males, y de ningunos bienes; y el murmurador es siempre aborrecido, aunque la murmuracion agrade. La murmuracion es hija del odio, del mal genio, de la envidia y de la ociosidad. Ella, pues, no debe gloriarse de un origen tan despreciable. La vaciedad de entendimiento, la incapacidad de vivir ocupado útilmente, y la ociosidad dan pábulo á este vicio detestable; siendo cierto que el que no sabe hablar de las cosas, habla de las personas. Nada es mas útil que saber callar; la locuacidad es uno de los mayores azotes de todas las sociedades.